



Prólogo a *La guerra de los 36 años, vista con ojos de mujer de izquierda*¹

Juan Duchesne Winter² - Universidad de Pittsburgh

En Guatemala se vivió una guerra social y política, con visos de guerra civil, desde 1960 hasta 1996. La literatura sobre ese evento ha ido creciendo, especialmente tras la firma de los acuerdos de paz que cerraron el largo ciclo de enfrentamientos armados. Las perspectivas históricas, políticas, y existenciales sobre tan cruento trance se multiplican. Académicos, periodistas, políticos, literatos y protagonistas de los sucesos han aportado sus interpretaciones y testimonios de la violencia desatada. Y en este rico escenario de consignación de la experiencia colectiva e individual aparece Chiqui Ramírez con *La guerra de los 36 años, vista con ojos de mujer de izquierda*, cuya tercera edición tengo el gusto de prologar en estas líneas (con mi visión de hombre extranjero de izquierda). Lo primero que quiero decirle al lector o lectora es que tiene en sus manos un libro singular sobre el tema, con una mirada muy especial, que para nada se trata de un libro más sobre un tema que ha consumido mucha tinta.

¿Qué tiene de especial *La guerra de los 36 años, vista con ojos de mujer de izquierda*? Una serie de aportaciones nuevas y singulares distingue esta obra, en particular la tercera edición, significativamente aumentada, que nos concierne ahora. Para empezar, Chiqui Ramírez ha sido capaz de entregarnos un trabajo que cumple literalmente con lo que promete el título. Ella elabora, articula, crea una perspectiva de mujer de izquierda sin pretender que basta el mero hecho de ser mujer y de asumir una posición en el espectro político para garantizar tal perspectiva, como si la misma cuajara automáticamente al proclamarse una identidad dada. Chiqui Ramírez no presume simplemente que es una mujer guerrillera y ya; ella deviene mujer y guerrillera articulando para nosotros un pensamiento de lo que eso significa, basado no sólo en su vivencia, sino en el análisis de esa vivencia, transformándola en experiencia comunicada, y por tanto, social, gracias a su dominio de las artes del lenguaje. La autora ni siquiera presume que su participación en la militancia armada le brinda acceso automático garantizado a la versión genuina y adecuada de los hechos. Ella se gana su punto de vista, lo conquista y arma cuidadosamente, presentándonos una delicada textura de memorias personales, referencias históricas, datos, diálogos, citas, digresiones aclaratorias, fotos, reportes, informes, reconstrucciones novelescas, análisis políticos y militares, reflexiones, síntesis, ideas y dramas íntimos.

Del producto resultante se puede decir lo mejor que se puede decir hoy día de un libro: es interesante, nos habla a nosotros, nos dice algo nuevo y nos llena la cabeza de preguntas. En lo que a la experiencia latinoamericana de la guerrilla y la lucha revolucionaria en general se refiere, esta obra de Chiqui Ramírez destaca junto a otros abordajes del tema realizados por mujeres guerrilleras, como el de María Eugenia Vázquez Perdomo, *Escrito para no morir*, sobre su militancia en el M-16 en Colombia. Destacan ellas por alcanzar una perspectiva muy crítica, muy escéptica y al mismo tiempo, amorosamente afirmativa, leal y comprometida con

¹ Este prólogo ha sido reproducido con el permiso de Chiqui Ramírez, autor de *La guerra de los 36 años, vista con ojos de mujer de izquierda*.

² Juan Duchesne-Winter es Profesor de literatura Latinoamericana de la Universidad de Pittsburgh. Duchesne-Winter es autor de varios libros y esta afiliado al Centro de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Pittsburgh, es miembro de LASA y colabora con el Centro de Investigación de Política Pública en San Juan, Puerto Rico.

las luchas y resistencias insurgentes de su época. No es frecuente esta conjunción de actitudes en los testimonios de hombres militantes, que tienden a deslindarse mucho más por la apología o el arrepentimiento, por el mito o la denegación del acontecimiento. Escritoras como Ramírez y Vázquez han sabido examinar descarnadamente la humanidad de las gestas que protagonizaron, con todas sus caídas, ridiculeces, mezquindades, debilidades, hipocresías y mediocridades, y calibrar al mismo tiempo la soberanía de la voluntad, la abnegación, la generosidad, el desprendimiento, el sacrificio, la inteligencia y el talento que las presidió en no pocas instancias. La lúcida actitud crítica de estas cronistas-combatientes se expresa sin culpa y sin arrepentimiento; sino más bien con gran compromiso y afirmación del acontecimiento que definió sus vidas. En este sentido se despegan en mayor medida que la generalidad de sus pares masculinos del expediente judeocristiano de la violencia culpable (atribuida siempre, por supuesto, al oprimido, mientras que al opresor se le concede “la fuerza de la ley” eximida de toda culpa).

La perspectiva así construida en el texto de Chiqui Ramírez es pródiga en aportaciones poco frecuentes en el campo letrado y académico que suele regentear la tarea de recuperación histórica. Dado que al escribir desde su praxis de mujer, en el sentido de asumir la feminidad como posición política en-resistencia, ella desdeña la autoridad letrada (patriarcal por definición) y su consiguiente jerarquía de los géneros del discurso y el lenguaje, logrando así dar con un estilo flexible, preciso y culto pero también enriquecido por coloquialismos guatemaltecos, que modula diferentes registros humorísticos, dramáticos y pedagógicos. Esa misma gramática creativa se refleja en la organización del libro a manera de un documental fílmico, basado más en la técnica del montaje libre que en la subordinación conceptual.

La verdad es que este montaje tipo álbum le da fluidez a la lectura y contribuye a su disfrute. El lector o lectora no se siente constreñido por una secuencia cronológica ni un ordenamiento de tipo deductivo o inductivo, pues las distintas secciones se organizan como focos de atención bastante autónomos basados en afectos, intensidades, y asociaciones libres entre los temas y los acontecimientos —todo esto manteniendo unas coordenadas básicas y claras de la cronología y las relaciones entre los eventos fundamentales. Ni el letrado ni el académico convencional se atreverían a escribir con la libertad que lo hace la autora de *La guerra de los 36 años, vista con ojos de mujer de izquierda*. Ella realmente escribe como le place, y ello le place mucho a sus lectores, dicho sea.

Aquí, querido lector, encontrarás frescas descripciones, a manera de estampas, de los antepasados, la niñez y la adolescencia de esta mujer que devino militante comunista y luego combatiente de la resistencia urbana en los sesentas. Hay fotos de los personajes. Semblanzas. Anécdotas sin par. También resúmenes históricos, citas de titulares de periódicos. Secciones de datos. Listas de nombres. Todo ello recrea un ambiente, una estructura sentimental de época. Y también profundiza en los niveles más complejos de la política, que van a la raíz de las personas, los afectos y sus ramificaciones colectivas. Se revelan cosas que el acartonamiento sociológico, por ejemplo, ni siquiera atisbaría.

Hallarás, también, estimada lectora, episodios vívidos donde la narradora expone, en tercera persona, como si fuera ficción, pero sin serlo, la densidad cotidiana de la militancia armada y lo que ésta exige y obtiene de una mujer afirmativa, incluyendo la reorganización de sus afectos, su cuerpo y su deseo, en un medio donde las relaciones ordinarias de género se suspenden en

función de la dinámica de la guerra revolucionaria. Y se apunta cómo todo ello libera a la mujer de la moralidad burguesa, pero sólo hasta el punto en que tal moralidad se reinserta viciosamente por otros recovecos de las relaciones humanas de poder, todavía sometidos al dominio patriarcal, dentro de las propias organizaciones revolucionarias —algo que la narradora, como verás, apreciado narrador, señala y critica en detalle.

Estimarás, además, lector, no sólo una denuncia lúcida y clara de la ferocidad criminal con que el estado contrainsurgente de la oligarquía guatemalteca reprimió los impulsos de democratización social de todo un pueblo, llegando a los extremos del genocidio estratégico del campesinado maya, asesorado por Estados Unidos, sino que también hallarás finos análisis políticos y militares donde se argumenta, por ejemplo, cómo el proyecto revolucionario guatemalteco fue suspendido, o más bien cancelado, en complicidad con gran parte de la dirección guerrillera, respondiendo a los cálculos geopolíticos de la Unión Soviética, Cuba y la Nicaragua sandinista. La autora, dada su postura inquisitiva y crítica, pudo captar señales evidentes de dicha trama de paulatina autoliquidación del movimiento insurreccional que nunca fue discutida con las bases militantes ni populares. En este contexto cobran pertinencia los relatos y reflexiones sobre cómo ella sufrió una relativa marginación dentro del movimiento en general, que se extendió al trato que recibió de los primeros gobiernos revolucionarios latinoamericanos modernos, en Cuba y Nicaragua. Expone con franqueza su experiencia negativa como beneficiaria de la solidaridad revolucionaria en Cuba. Es reconocido el papel crucial que jugó Cuba como retaguardia de las insurgencias y militancias revolucionarias latinoamericanas del siglo veinte. Pocos discuten esa ya proverbial gesta de solidaridad en el plano humano. Pero Chiqui es capaz de señalar contradicciones que responden a la razón geopolítica del estado cubano y al influjo pernicioso del legado estalinista soviético y el caudillismo hispano-criollo en ese proceso. Ella analiza cómo los privilegios (adversos a la ética igualitaria) otorgados a los militantes extranjeros resguardados en la retaguardia isleña se prestaron para afianzar el dirigismo cubano sobre los movimientos latinoamericanos. Declara cómo el negarse a vivir esa vida de delegado privilegiado le comportó a ella la marginación política y social en los medios de izquierda vinculados a la isla, incluyendo a los de su país y los de Nicaragua.

Apreciarás, en fin, lectora atenta, cómo la autora sustenta implícitamente una teoría de la dinámica organizativa revolucionaria que exige resolver la tensión casi inevitable creada entre una dirección que persigue, por naturaleza, perpetuarse y las bases populares de donde provienen portentosas acciones de valentía, inteligencia, generosidad, amor, y voluntad de lucha en situaciones tan álgidas como la que atravesó Guatemala durante la segunda mitad del siglo veinte. Apreciarás el verbo sin trabas de una autora y militante que denuncia la mediocridad de gran parte de la comandancia guerrillera y ensalza a su vez la heroicidad de incontables hombres y mujeres de su pueblo en lucha. Y notarás que se logra comunicar y demostrar todo esto a partir de la documentación de los hechos, de los sentimientos, las sensaciones y las emociones, acompañados del análisis y la reflexión, con una flexibilidad y libertad que posiblemente se deban a la manera en que la autora asume la experiencia de mujer como vía de profundización política en las relaciones humanas, para convertirla en modo integral del conocimiento.

Los detalles y los ejemplos de lo que acabo de aseverar sobran aquí, pues nadie los puede presentar mejor que el singular libro que el lector tiene en sus manos.